

# CONSEJERA DE INVERSIONES



Orson Scott Card

Cuenta la historia de como Ender Wiggin conoce a la inteligencia artificial Jane y se convierte en Portavoz de los Muertos.

Aparece por primera vez en la antología *Horizontes lejanos* publicada por Robert Silverberg y después en la colección de relatos cortos de Orson Scott Card *Primeros encuentros*.

## La serie de Ender

Cuando empecé a escribir ciencia ficción concebí una serie de historias acerca de una familia con poderes mentales hereditarios, y las primeras historias que escribí tenían un fondo rural. Recibí amables cartas de rechazo pero ninguna venta. Fue Ben Bova, en *Analog*, quien me explicó por qué: ¡Parecían fantasía! Aquello me desconcertó al principio: ¿Acaso las historias de «El Pueblo» de Zenna Henderson no se consideraban ciencia ficción? Luego me di cuenta de que la auténtica distinción comercial entre ciencia ficción y fantasía es: ¡La fantasía tiene árboles, la ciencia ficción remaches!

¡Si quería vender mis historias a las revistas de ciencia ficción, tenía que escribirlas con remaches en ellas!

Por aquel entonces tenía dieciséis años y acababa de leer la trilogía *Fundación* de Isaac Asimov. Decidí que yo también deseaba escribir una historia de ciencia ficción. Por aquel entonces (1967) la guerra de Vietnam estaba en todo su apogeo, y mi hermano mayor acababa de terminar el campamento en la infantería de marina, de modo que mi mente estaba llena de cosas militares. Puse un elemento de ciencia ficción al problema del entrenamiento de la tropa: ¿cómo entrenarías a unos soldados para que lucharan en el espacio tridimensional? Recordé la novela de Nordhoff y Hall sobre los ases de la aviación de la Primera Guerra Mundial y el problema de entrenar a los pilotos a dejar de buscar a los aparatos enemigos sólo en el plano horizontal, y me di cuenta de que el problema en gravedad cero se vería enormemente complicado por la falta de un arriba y un

abajo definidos. Los viejos hábitos de la vida basada en la gravedad tendrían que ser erradicados de los soldados. El resultado de mis pensamientos fue la sala de batalla, un cubo de cien metros de espacio en gravedad cero con varios obstáculos que había que superar, y en el cual equipos de reclutas realizarían falsas batallas en trajes espaciales que les mostrarían dónde y cómo un soldado era herido por el fuego «enemigo».

Y eso fue todo. Una buena idea, pensé, pero no tenía la menor noción por aquel entonces de cómo convertirlo en una historia. ¿Quién sería el héroe? ¿A dónde ir desde allí?

Años más tarde, cuando me decidí a escribir una historia de ciencia ficción llena de remaches —y, esperaba, remachable—, recordé el concepto de la sala de batalla y, en el césped fuera del Salt Palace en Salt Lake City, mientras aguardaba a un amigo que llevaba a los hijos de su jefe al circo, abrí mi bloc de notas y escribí la primera frase de una historia llamada «El juego de Ender»: «Recuerda, la puerta del enemigo está abajo.»

Lo que hizo la historia susceptible de ser escrita fue la decisión de que los reclutas de la sala de batalla podían ser niños, en un mundo futuro donde la aptitud militar podía descubrirse a edad muy temprana, y los niños eran tomados de sus padres para proporcionarles entrenamiento en táctica y estrategia mientras todavía eran lo bastante jóvenes como para que sus mentes fueran maleables. La historia resultante fue mi primera venta de ciencia ficción, comprada por Ben Bova, y apareció en el número de agosto de 1977 de *Analog* (el mismo mes que mi primera historia no de ciencia ficción, «Gert Fram», aparecía en la revista *Ensign* de la Iglesia de los Santos del Último Día.)

Años más tarde, trabajando en un proyecto llamado *La voz de los muertos*, descubrí que la historia no cobraba vida hasta que me di cuenta de que el héroe de la historia tenía que ser Ender Wiggin. A fin de poner en marcha la novela *La voz de los muertos*, tuve que reescribir la historia

original como una novela; de este modo, la novela *El juego de Ender* vio la existencia sólo para que pudiera escribir la novela *La voz de los muertos*. Nunca planeé una serie, y al contrario que muchas series, la segunda novela era un tipo de ciencia ficción completamente distinto del de la primera. En vez de una novela militar, era antropológica; y Ender era ahora un adulto con un complicado pasado oculto.

Luego un tercer proyecto, durante mucho tiempo en mis cajones, cobró vida cuando me di cuenta de que podía ser una buena secuela a *La voz de los muertos...*, pero esta vez el libro sería también de un tercer tipo de ciencia ficción, la novela de la especulación metafísica. Dividido finalmente en dos libros, este libro se convirtió en *Ender el Xenocida* e *Hijos de la mente*. Me atrevería a decir que no existe ninguna serie de novelas con el mismo protagonista cuyos volúmenes sean tan distintos entre sí en tema, historia y género. Y sin embargo, a través de los cuatro volúmenes, el personaje de Ender Wiggin luchaba por resolver dilemas personales y morales que se arrastraban de libro en libro.

Esos dilemas resultaban resueltos al final del cuarto libro. Tengo intención de escribir más novelas en el mismo universo (una acerca del hermano de Ender, Peter, y otra acerca de Bean, un joven compañero de Ender de la primera novela), pero la historia de Ender en sí está terminada..., excepto un pequeño hueco.

Durante los tres mil años entre *El juego de Ender* y *La voz de los muertos*, durante los cuales Ender viaja de planeta en planeta, usando la dilatación del tiempo a la velocidad de la luz para deslizarse por el tiempo sin vivir demasiado en ninguna década, adquirió de alguna forma una compañera con base cibernética llamada Jane, que sólo es superada en importancia por el propio Ender en los últimos tres libros de la serie. La historia que tienen ahora ante ustedes es el relato de cómo se conocieron.

## Consejera de inversiones

Andrew Wiggin cumplió veinte años el día que llegó al planeta Sorelledolce. O más bien, después de complicados cálculos de cuántos segundos había permanecido en vuelo, y a qué porcentaje de la velocidad de la luz, y en consecuencia qué cantidad de tiempo subjetivo había transcurrido para él, llegó a la conclusión de que había pasado su veinte aniversario justo antes del final del viaje.

Esto era mucho más relevante para él que el otro hecho pertinente: que habían transcurrido cuatrocientos y pico años desde el día en que nació, allá en la Tierra, cuando la raza humana todavía no se había dispersado más allá de su sistema solar natal.

Cuando Valentine salió de la cámara de desembarco —alfabéticamente siempre iba detrás de él—, Andrew la saludó con la noticia.

—Simplemente lo imaginé —le dijo—. Tengo veinte años.

—Estupendo —dijo ella—. Ahora puedes empezar a pagar impuestos como el resto de nosotros.

Desde el final de la guerra Xenocida, Andrew había vivido de un fondo fiduciario establecido por un mundo agradecido para recompensar al comandante de las flotas que habían salvado la humanidad. Bien, estrictamente hablando, esa acción se había producido al final de la Tercera Guerra de los Insectores, cuando la gente todavía consideraba a los insectores como monstruos y a los niños que mandaron la flota como héroes. Cuando el nombre fue cambiado al de Guerra del Xenocida, la humanidad ya no

estaba agradecida, y la última cosa que ningún gobierno se hubiera atrevido a hacer sería autorizar un fondo de pensión para Ender Wiggin, el perpetrador del más horrible crimen de la historia humana.

De hecho, si se hubiera sabido que existía ese fondo, se hubiera convertido en un escándalo público. Pero la flota interestelar era lenta en convertirse a la idea de que destruir a los insectores había sido una mala idea. Y así escudaron cuidadosamente el fondo fiduciario de la vista del público, dispersándolo entre muchos fondos mutualistas y acciones en muchas compañías diferentes, sin una autoridad única que controlara ninguna porción significativa del dinero. Habían conseguido hacer desaparecer el dinero con toda efectividad, y tan sólo el propio Andrew y su hermana Valentine sabían dónde estaba el dinero, o cuánto de él había.

Una cosa, sin embargo, era cierta: Según la ley, cuando Andrew alcanzara la edad subjetiva de veinte años, el estatus de exención de impuestos de sus capitales sería revocado. Sus ingresos empezarían a ser informados a las autoridades competentes. Andrew tendría que rellenar una declaración de impuestos cada año o cada vez que concluyera un viaje interestelar de mayor duración que un año en tiempo objetivo, y los impuestos serían anualizados y los intereses de la parte no pagada debidamente calculados.

Andrew no se preocupaba por ello.

—¿Cómo van los *royalties* de tu libro? —le preguntó a Valentine.

—Lo mismo que cualquier otro —respondió ella—, excepto que no se venden demasiados ejemplares, de modo que no hay mucho que pagar de impuestos.

Sólo unos cuantos minutos más tarde tuvo que tragarse sus palabras, porque cuando se sentaron ante los ordenadores de renta del astropuerto de Sorelledolce Valentine descubrió que su libro más reciente, una historia de las co-

lonias fracasadas de Jung Calvin en el planeta Helvética, había alcanzado algo parecido a un estatus de culto.

—Creo que soy rica —le murmuró a Andrew.

—Yo no tengo ni idea de si soy rico o no —dijo Andrew—. No puedo conseguir que el ordenador deje de listar mis activos.

Los nombres de las compañías no dejaban de desfilar por la pantalla, la lista seguía y seguía.

—Pensé que simplemente te entregarían un cheque con lo que había en el banco cuando cumplieras los veinte años —dijo Valentine.

—Debería tener esa suerte —dijo Andrew—. No puedo quedarme sentado aquí y aguardar esto.

—Tienes que hacerlo —dijo Valentine—. No puedes pasar la aduana sin demostrar que has pagado tus impuestos y te queda lo suficiente para mantenerte sin convertirte en una carga para los recursos públicos.

—¿Y qué ocurrirá si no tengo suficiente dinero? ¿Me enviarán de vuelta?

—No, te asignarán a un equipo de trabajo y te obligarán a ganarte tu billete de vuelta a un precio extremadamente injusto.

—¿Cómo sabes eso?

—No lo sé. Simplemente he leído un montón de historia y conozco cómo funcionan los gobiernos. Si no es eso, será algo equivalente. O te enviarán de vuelta.

—No puedo ser la única persona que ha llegado y ha descubierto que le tomará una semana descubrir cuál es su situación financiera —dijo Andrew—. Voy a buscar a alguien.

—Estaré aquí, pagando mis impuestos como un buen adulto —dijo Valentine—. Como una honesta mujer.

—Me haces avergonzarme de mí mismo —exclamó Andrew alegremente mientras se alejaba.

Benedetto echó una mirada al arrogante joven que se sentaba al otro lado de su escritorio y suspiró. Supo de in-

mediato que iba a ser un problema. Un joven privilegiado, llegando a un nuevo planeta, creyendo que podía obtener favores especiales de los hombres del fisco.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó..., en italiano, aunque hablaba con fluidez el estelar común y la ley decía que había que dirigirse a todos los viajeros en ese idioma a menos que se acordara mutuamente otro.

Sin intimidarse por el italiano, el joven extrajo su identificación.

—¿Andrew Wiggin? —preguntó Benedetto, incrédulo.

—¿Hay algún problema?

—¿Espera usted que crea que esta identificación es real? —Ahora hablaba en estelar común; las cosas habían quedado establecidas.

—¿Debería?

—¿Andrew Wiggin? ¿Piensa usted que este es un lugar tan atrasado que no sabemos reconocer el nombre de Ender el Xenocida?

—¿Es un delito tener el mismo nombre que un criminal? —preguntó Andrew.

—Presentar una identificación falsa sí lo es.

—Si estuviera usando una identificación falsa, ¿sería tan listo o tan estúpido como para usar un nombre como Andrew Wiggin? —preguntó Andrew.

—Tan estúpido —admitió a regañadientes Benedetto.

—Entonces partamos de la suposición de que soy listo, pero también de que me siento atormentado por haber crecido con el nombre de Ender el Xenocida. ¿Va a considerarme psicológicamente no apto debido a los desequilibrios que estos traumas me han causado?

—No pertenezco a aduanas —dijo Benedetto—. Pertenzeo a impuestos.

—Lo sé. Pero parecía usted preternaturalmente absorto por la cuestión de la identidad, de modo que pensé que o bien era un espía de aduanas o un filósofo, ¿y quién soy yo para negar la curiosidad de cualquiera de los dos?

Benedetto odiaba a los chicos listos y bocazas.

—¿Qué es lo que desea?

—Me he encontrado con que mi situación fiscal es complicada. Esta es la primera vez que tengo que pagar impuestos, tengo un fondo fiduciario, y ni siquiera sé cuáles son mis activos. Me gustaría obtener un aplazamiento en el pago de mis impuestos hasta que pueda aclararlo todo.

—Denegado —dijo Benedetto.

—¿Simplemente así?

—Simplemente así —confirmó Benedetto. Andrew permaneció sentado allí unos instantes.

—¿Puedo ayudarle en alguna otra cosa? —preguntó Benedetto.

—¿Hay alguna forma de apelar?

—Sí —dijo Benedetto—. Pero primero tiene que pagar sus impuestos para poder apelar.

—Tengo intención de pagar mis impuestos —dijo Andrew—. Simplemente va a tomarme un tiempo poder hacerlo, y creo que haré un mejor trabajo con mi propio ordenador y en mi propio apartamento antes que en los ordenadores públicos aquí en el astropuerto.

—¿Temeroso de que alguien mire por encima de su hombro? —preguntó Benedetto—. ¿De que sepa cuánto le dejó su abuela?

—Sería agradable un poco más de intimidad, sí —dijo Andrew.

—Permiso para salir de aquí sin pagar denegado.

—De acuerdo pues, entonces libere mis fondos líquidos para que pueda pagar para permanecer aquí y calcular mis impuestos.

—Tuvo todo su vuelo para hacerlo.

—Mi dinero ha estado siempre en un fondo fiduciario. Nunca supuse lo complicados que eran mis activos.

—Supongo que se da cuenta usted de que si sigue contándome estas cosas me partirá el corazón y voy a salir llorando de esta habitación —dijo tranquilamente Benedetto.

El joven suspiró.

—No estoy seguro de lo que quiere usted que haga.

—Pagar sus impuestos como cualquier otro ciudadano.

—No tengo forma de obtener mi dinero hasta que pague mis impuestos —dijo Andrew—. Y no tengo forma de mantenerme mientras calculo mis impuestos a menos que me entregue usted algunos fondos.

—Creo que hubiera debido pensar usted en eso antes, ¿no? —dijo Benedetto. Andrew miró la oficina a su alrededor.

—En ese cartel dice que usted me ayudará a llenar mi formulario de impuestos.

—Sí.

—Ayúdeme.

—Muéstreme el formulario.

Andrew le dirigió una extraña mirada.

—¿Cómo puedo mostrárselo?

—Sáquelo del ordenador de aquí. —Benedetto hizo girar su ordenador en su escritorio, ofreciendo el lado del teclado a Andrew.

Andrew contempló los blancos en el formulario exhibido en la pantalla encima del ordenador, y tecleó su nombre y su código de identificación fiscal, luego su código de identificación personal. Benedetto miró significativamente hacia otro lado mientras tecleaba el código, aunque su software estaba registrando cada pulsación que entraba el joven. Una vez se hubiera ido, Benedetto tendría pleno acceso a todos sus registros y todos sus fondos. Lo mejor para ayudarle con sus impuestos, por supuesto.

La pantalla empezó a desfilarse.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó Benedetto. Las palabras aparecían por el fondo de la pantalla, mientras la parte superior de la página se deslizaba fuera de la vista, ascendiendo de forma cada vez más apretada. Puesto que no había paginación, Benedetto sabía que aquella larga lista de información aparecía tal como era siendo llamada por

una simple pregunta en el formulario. Hizo girar el ordenador para poder ver. La lista consistía en los nombres y códigos bursátiles de compañías y fondos mutualistas, junto con números de acciones.

—Ya ve usted mi problema —dijo el joven.

La lista seguía y seguía. Benedetto adelantó una mano y pulsó varias teclas en rápida combinación. La lista se detuvo.

—Tiene usted un gran número de activos —dijo suavemente.

—Pero yo no lo sabía —dijo Andrew—. Quiero decir, sabía que los fideicomisarios lo habían diversificado hace algún tiempo, pero no tenía ni idea de hasta qué punto. Simplemente extraía una asignación cada vez que estaba en un planeta, y puesto que se trataba de una pensión del gobierno libre de impuestos nunca tuve que preocuparme por ello.

Así que quizá aquellos ojos inocentes muy abiertos no fueran una mera actuación. A Benedetto empezó a disgustarle un poco menos. De hecho, empezó a sentir los primeros temblores de una auténtica amistad. Este muchacho iba a convertir a Benedetto en un hombre rico sin siquiera saberlo. Benedetto podría retirarse incluso del servicio de impuestos. Sólo estas acciones de la última compañía de la interrumpida lista, Enzichel Vinicenze, un conglomerado con extensas propiedades en Sorelledolce, valían lo suficiente para Benedetto como para comprarse una propiedad en el campo y mantener sirvientes para el resto de su vida. Y la lista se había detenido en la Es.

—Interesante —dijo.

—¿Qué le parece? —dijo el joven—. Acabo de cumplir los veinte en el último año de mi viaje. Hasta entonces, mis ganancias estaban todavía libres de impuestos, y tenía derecho a ellas sin tener que pagar nada. Libere algunos de mis fondos, y luego deme unas semanas para conseguir al-

gún experto que me ayude a analizar el resto de ello, y entonces entregaré mis formularios de impuestos.

—Excelente idea —dijo Benedetto—. ¿Dónde están estos fondos líquidos?

—En el Catalonian Exchange Bank —dijo Andrew.

—¿Número de cuenta?

—Todo lo que necesita usted es liberar los fondos a mi nombre —dijo Andrew—. No necesita el número de cuenta.

Benedetto no presionó sobre aquello. No necesitaba hurgar en el mezquino dinero en efectivo del muchacho. No con la veta madre aguardándole para poder saquearla a voluntad antes incluso de que el muchacho pudiera llegar a las oficinas de un especialista en impuestos. Tecleó la información necesaria e imprimió el formulario. También le entregó a Andrew Wiggin un pase por treinta días, concediéndole total libertad en Sorelledolce en tanto que se presentara diariamente en el servicio de impuestos y entregara el formulario completo y pagara los impuestos estimados dentro del período de treinta días, y prometiera no abandonar el planeta hasta que su declaración de impuestos fuera evaluada y confirmada.

El procedimiento operativo estándar. El joven le dio las gracias —esa era la parte que a Benedetto siempre le gustaba, cuando esos ricos idiotas le daban las gracias por mentirles y extraer invisibles sobornos de sus cuentas— y luego abandonó la oficina.

Tan pronto como se hubo marchado, Benedetto limpió la pantalla y llamó a su programa husmeador para que le diera el código de identificación del joven. Aguardó. El programa husmeador no apareció. Llamó a su lista de programas en activo, comprobó la lista oculta, y descubrió que el programa husmeador no estaba en la lista. Absurdo. Siempre había funcionado. Sólo que ahora no lo hacía. Y de hecho había desaparecido de la memoria.

Utilizando su versión del prohibido programa Depredador, buscó la signatura electrónica del programa husmeador y halló un par de sus archivos temporales. Pero ninguno contenía ninguna información útil, y el programa husmeador en sí había desaparecido por completo. Como tampoco, cuando intentó volver al formulario que Andrew Wiggin había creado, consiguió traerlo de vuelta. Debería de estar allí, con la lista de activos del joven intacta, de modo que Benedetto pudiera pasar manualmente algunas de las acciones y fondos, había cantidad de formas de saquearlos, incluso cuando no se podía obtener la contraseña desde su husmeador. Pero el formulario estaba en blanco. Todos los nombres de las compañías habían desaparecido.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo podían aquellas dos cosas ir mal al mismo tiempo?

No importaba. La lista era tan larga que debía de haber pasado por el búfer. Depredador podría encontrarla.

Sólo que ahora el Depredador no respondía. Tampoco estaba en memoria. ¡Lo había usado hacía sólo un momento! Esto era imposible. Esto era...

¿Cómo podía el muchacho haber introducido un virus en su sistema simplemente entrando información fiscal? ¿Podía estar metido de alguna forma en el nombre de alguna compañía? Benedetto era un usuario de software ilegal, no un diseñador; pero pese a todo nunca había oído hablar de nada que pudiera entrar a través de datos no infectados, a través de la seguridad del sistema fiscal.

Este Andrew Wiggin tenía que ser alguna especie de espía. Sorelledolce era uno de los últimos reductos que se oponía a la completa federación con el Congreso de las Rutas Estelares..., tenía que ser un espía del Congreso enviado para intentar subvertir la independencia de Sorelledolce.

Sólo que eso era absurdo. Un espía acudiría preparado para someter su declaración de impuestos, pagar, y seguir

adelante. Un espía no haría nada que llamara la atención sobre sí mismo.

Tenía que haber *alguna* explicación. Benedetto iba a conseguirla. Fuera quien fuese ese Andrew Wiggin, Benedetto no iba a dejarse timar respecto a la parte que le correspondía de la riqueza del muchacho. Había aguantado mucho tiempo algo como esto, y sólo porque ese muchacho Wiggin tuviera algún curioso software de seguridad eso no quería decir que Benedetto no encontrara una forma de meter sus manos en lo que era suyo por derecho.

Andrew estaba todavía un poco acalorado cuando él y Valentine salieron del astropuerto. Sorelledolce era una de las colonias más nuevas, sólo un centenar de años de antigüedad, pero su estatus como planeta asociado significaba que un montón de negocios oscuros e irregulares habían emigrado allí, trayendo consigo pleno empleo, muchas oportunidades, y un florecimiento que hacía que el caminar de todo el mundo pareciera más vigoroso..., y los ojos de todo el mundo parecieran mirar constantemente por encima del hombro. Las naves llegaban llenas de gente y se marchaban llenas de carga, de tal modo que la población de la colonia se estaba acercando a los cuatro millones y la de la capital, Donnabella, rebasaba el millón.

La arquitectura era una extraña mezcla de cabañas de troncos y plástico prefabricado. Sin embargo no podías distinguir la edad de un edificio por eso: ambos materiales habían coexistido desde un principio. La flora nativa era la jungla de helechos, y la fauna —dominada por lagartos sin patas— era de proporciones dinosaurias, pero los asentamientos humanos eran seguros, y los cultivos producían tanto que la mitad de las tierras podían dedicarse a cosechas de choque para la exportación, algunas legales para textiles y otras ilegales para ingestión. Sin mencionar el comercio de las enormes y multicolores pieles de serpiente usadas como tapices y revestimientos para techos en todos los mundos gobernados por el Congreso de las Rutas Este-